

principio parece que trata á su pequeño con mucho cariño; pero este sentimiento desaparece muy pronto y la madre estúpida apenas se toma el trabajo de limpiar y amamantar á su hijuelo. Con indiferencia se lo deja quitar del pecho y solamente por poco rato muestra cierta inquietud, como si echase algo de menos y lo quisiese buscar. Pero no conoce á su vástago antes que este la toque ó ella á él, aunque indicase gritando su presencia. Sucede muchas veces que la hembra padece hambre durante algunos días, ó que al menos no hace esfuerzos para buscar su alimento. Sin embargo amamanta continuamente á su hijo y este se coge á ella con tanta tenacidad como la madre á una rama de árbol. Así lo refieren los viajeros, reproduciendo las noticias recogidas entre los indios; queda, no obstante, muy dudoso hasta qué punto estas relaciones son exactas. Desde que he cuidado y

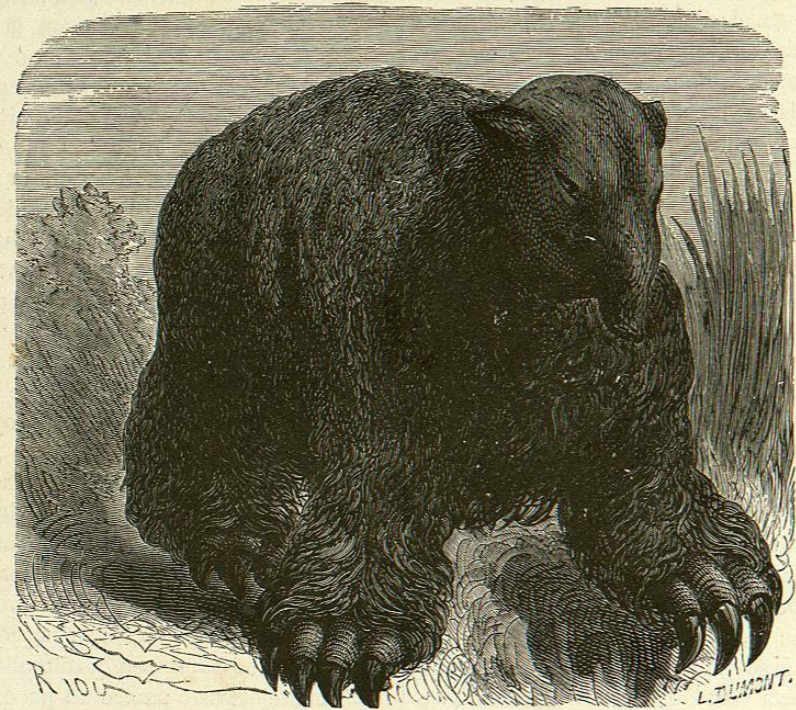


Fig. 99. — RESTAURACION IDEAL DEL MEGATERIO DE CUVIER

Estos animales tienen gran resistencia vital; sufren las heridas más dolorosas con la indiferencia de un cadáver. Muchas veces no cambian de posición aunque hayan recibido una buena descarga de perdigones.

Según Schomburgk, el bradipo tridáctilo es el que resiste más tiempo á la acción terrible del curare. «Bien sea la causa, dice, la disposición de su sistema vascular, ó ya se deba á la lentitud con que circula la sangre, el caso es que la acción del veneno tarda más en dejarse sentir y dura menos tiempo, observándose solo ligeras convulsiones, como en los otros animales, cuando el tósigo comienza á obrar. Yo corté el labio superior de un bradipo para echar un poco de curare en la herida; puse el animal cerca de un árbol, y en seguida trepó por él; al llegar á la altura de 10 ó 12 metros, se detuvo, movió la cabeza de derecha á izquierda, quiso avanzar y no le fué posible. Entonces soltó una de sus patas anteriores y después la otra, quedándose cogido con las posteriores, hasta que al fin cedieron estas á su vez, y el animal cayó á tierra, donde permaneció echado, sin sufrir convulsiones ni dificultad creciente en la respiración; trece minutos después murió.»

Si se reflexiona que la flecha envenenada que lanzan los indios al jaguar con la cerbatana le mata en pocos minu-

observado durante muchos años á los perezosos, he cambiado esencialmente de parecer sobre ellos y ya no creo todos los datos de observadores anteriores.

Manifiéstase también la pereza de los bradipódidos cuando se les hiere ó se les atormenta.

Es evidente que los animales más inferiores son los que mejor sufren los más grandes dolores, las heridas y los malos tratamientos, y así parece suceder con los perezosos. Es cierto que no todos los observadores están acordes en este concepto, sin embargo pretenden naturalistas de reconocida competencia, que estos animales son los más insensibles de todos los mamíferos. Dicho queda ya que pueden soportar días y aun semanas enteras sin comer. En la reunión de naturalistas verificada en Turin, Caffer refirió que había poseído un bradipo tridáctilo, el cual no tomó alimento en un mes.

fe á las numerosas fábulas que sobre estas extrañas criaturas se han propalado.

Buffon cuenta que el marqués de Montmirail compró en Amsterdam un perezoso, que se había alimentado hasta entonces con hojas en verano y galleta en invierno. El marqués le conservó durante tres años; dábale pan, manzanas y raíces, las cuales cogía el animal con sus uñas para comérselas. Por la tarde estaba muy avispado, aunque sin manifestar pasión alguna, y nunca pareció reconocer á su dueño. Los viajeros nos dicen que no es posible imaginarse un animal más desagradable que el perezoso cautivo, pues permanece días enteros suspendido de una pértiga sin cuidarse del alimento. Uno de ellos asegura que se deja morir de hambre antes que molestarse para tomar la comida que le presentan. Estas eran las únicas observaciones hechas por naturalistas anteriores.

Ya se comprenderá cuál fué mi contento cuando al cabo de infructuosas tentativas para averiguar algo más sobre es-

tos animales, encontré por último, después de recorrer los jardines zoológicos de Inglaterra, Francia, Bélgica y Holanda, y de las provincias del sur, un perezoso vivo en Amsterdam, el cual pude observar por mí mismo. La riqueza del jardín no me permitió consagrarme exclusivamente á esta ocupación, y solo pude estar algunas horas ante la jaula donde se hallaba el animal; pero esto fué lo suficiente para convencerme de que era exagerado lo que se había dicho de él hasta entonces. Por mis observaciones en el individuo cautivo no me atreveré á prejuzgar las costumbres del que vive libre; pero puedo decir que este animal no es melancólico y fastidioso, antes bien es un sér interesante y digno de figurar en un jardín zoológico.

El perezoso de Amsterdam, que llevaba el nombre de *Kees*, estuvo más de nueve años en su jaula sin que diera señales de sufrir con su cautividad. Todos los que hayan tenido mamíferos cautivos, opinarán conmigo que este lapso

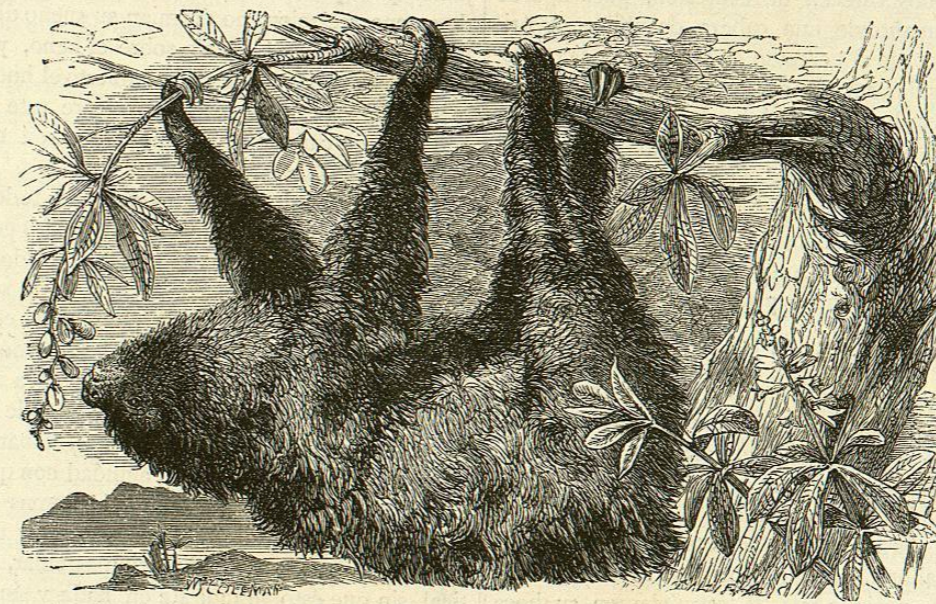


Fig. 100. — EL COLEPO UNAU

de tiempo es ya bastante grande, y á los que conocen á los desdentados, les parecerá mucho mayor. En la jaula donde estaba nuestro *Kees* había un armazón de maderos donde él podía subir; en el fondo una capa de heno muy espesa; á los lados cristales muy gruesos, y la parte superior quedaba á cielo descubierto.

También yo he tenido á estos animales encerrados del mismo modo; durante el día no se veía en mi jaula de vidrios más que unas bolas, parecidas á un montón de yerbas secas, porque los pelos lisos y negros del animal estaban muy enredados; no podemos dar una forma determinada al animal en esta postura, porque no se ve ninguno de sus miembros, siendo esta su posición predilecta para dormir y descansar; inclina la cabeza sobre el pecho, de modo que el hocico descansa en el vientre, y las patas delanteras la ocultan del todo; todos estos miembros están tan unidos entre sí, que nunca se le puede ver la parte media é interna de su cuerpo; de la cabeza nada se descubre, del cuello no se puede saber ni su principio ni su fin; apenas se distingue una bola de pelo, necesitando observarse muy bien para conocer su movimiento respiratorio. Los espectadores, por más que hagan no consiguen nunca despertarle; parece muerto, y aquellos se marchan descontentos y llamándole «fea bestia» y otros nombres por el estilo.

Pero cuando se cuida bien al perezoso no es tan estúpido como se cree; no se necesita sino que su guardián se acerque á la jaula y lo llame para ver poco á poco animarse la bola; se abre lentamente y aparece el animal que, si bien no es gracioso, tampoco es tan feo como se le ha llamado, ni falta completamente de facultades intelectuales.

En este momento levanta el animal uno de sus brazos para coger alguna de las vigas transversales; le es indiferente emplear en dicho movimiento las patas delanteras ó posteriores, puesto que sus miembros, que tienen el aspecto de cuerdas sin articulaciones, son movibles á todos lados; á pesar de eso, el codo y las articulaciones del radio son más extensibles que en ningún otro mamífero, pudiendo torcer el brazo en cierto modo.

Este animal se suspende por sus cuatro patas, con las uñas siempre en posición diferente, uniendo, por ejemplo, una de las patas posteriores dirigida hácia dentro, y otra hácia fuera, colocando la pata anterior correspondiente en sentido inverso. Adopta todas las posturas imaginables, teniendo la facilidad de volver las patas sobre sí mismas, á la manera de un funámbulo, sin hacer el menor esfuerzo; se agarra como quiere y puede volver el cuerpo sin volver las patas.

Lo mismo le da estar con la cabeza hácia arriba que hácia abajo; coge una rama que se halle sobre él así con las garras



anteriores como con las posteriores, y á menudo se extiende, colgándose de estas últimas, y de espaldas al suelo. En este caso se rasca el animal todo el cuerpo con una de las patas libres, que se presta á todos los movimientos, la cual dobla y encoge en todos sentidos, circunstancia que le permite alcanzar partes á que no llegan con los miembros otros animales. En fin, da pruebas de tener una agilidad verdaderamente asombrosa: abre y cierra los ojos, bosteza y saca la lengua. Si le presentan una golosina por el enrejado que cierra la parte superior de su jaula, como por ejemplo un terron de azúcar, trepa con bastante ligereza, y abre la boca, cual si pudiese que dejen caer en ella lo que ofrecen: se lo come con los ojos cerrados, y manifiesta cuánto le agrada aquel manjar.

El perezoso tiene sobre todo un aspecto curioso cuando se le mira por delante: los pelos de la cabeza, semejante á la del buho, están separados en el centro y caen por los dos lados. Los ojos son pequeños y muy convexos, el iris de color pardo claro, pero aquellos carecen de expresion, pues apenas tiene la pupila el tamaño de una cabeza de alfiler. A primera vista, creeríase que el perezoso es ciego: el hocico ofrece un aspecto particular, terminándose por un cono truncado que lleva dos narices. Los labios, siempre húmedos, parecen untados de grasa. Es muy curioso ver á este animal abrir la boca: sus labios no son tan inmóviles como se ha dicho, aunque le sirven de poco; pero en cambio se vale de la lengua, que es larga, delgada y puntiaguda. Este órgano recuerda el de otros desdentados, particularmente el de los hormigueros; el perezoso puede sacarla mucho, y servirse de ella casi como si fuera una mano.

En Amsterdam se alimentaba el perezoso de toda clase de sustancias vegetales; prefería el arroz cocido, que se le daba en un plato y tambien zanahorias que le colocaban en el heno de la jaula. Se acostumbraba á que le llamasen á la hora de comer, y como él conocía muy bien cuando esta se acercaba, levantábase en seguida al oír su nombre. Comenzaba por agitar pesadamente sus largos brazos; pero tan luego como habia cogido una zanahoria, sus movimientos se hacían mas seguros y tranquilos; cogía la raíz, la estrujaba en su boca y despues entre las uñas, y la despedazaba con los dientes. Lamía á menudo sus labios y el fruto, mordiendo este por todos los lados. Por lo regular comenzaba á comer por la punta de la raíz, pero raras veces se comía una zanahoria entera, sino que probaba todas las que tenia delante. El corte de la mordedura permite ver cómo funcionan los órganos masticadores. No puede partir un pedazo con limpieza porque sus dientes trituran mas bien que cortan y dejan en la zanahoria señales de todos los que emplea. Tres zanahorias y un platito de arroz bastan para su alimento diario.

Los cautivos que yo cuidé fueron siempre alimentados por mano del guardian, porque yo presumía que desconocerían y dejarían los alimentos que se les pusiese delante, como le ha sucedido, segun parece, á mas de uno de los que tenían tales animales. El guardian iba dos veces cada día á la jaula, descolgaba al perezoso, se lo ponía en la falda y le introducía los alimentos en la boca. Su nutrición consistía principal, aunque no exclusivamente, en sustancias vegetales. Con preferencia comen los perezosos fruta, es decir, peras, manzanas, cerezas y otras; pero uno de mis cautivos fué alimentado tambien, durante el trayecto, con huevos muy duros; pareció acostumbrarse á esta nutrición y llegó en tan buen estado, que no quise en lo sucesivo privarle de este alimento. El éxito lo justificó perfectamente, pues este animal, que generalmente se considera como muy delicado, se encontró por años enteros en perfecto estado de salud y parecia echar de menos alguna cosa si no le daban su huevo. En su vida

libre se nutre de alimentos animales, como por ejemplo, escarabajos; el huevo le es absolutamente necesario en sustitucion de estos. Todos los perezosos se acostumbran en breve tiempo á esta nutrición, se echan de espaldas en la falda del guardian, tuercen las cuatro piernas hácia afuera para agarrarse al cuerpo y al muslo del mismo, y se dejan poner los alimentos en la boca con visible gozo. Semejante tratamiento contribuye sin dudá á amansarles. Mis cautivos escuchaban la voz del guardian, no solamente como el perezoso de Amsterdam que hemos descrito, sino que levantaban la cabeza cuando le veían venir, trepaban y procuraban agarrarse á él, demostrando con esto muy claramente que sabían amoldarse al cambio de condiciones.

Los mismos dieron además otras pruebas de inteligencia. Las jaulas en que estaban encerrados estaban destinadas especialmente para sierpes, y por lo tanto se calentaba el suelo. En los primeros días despues de su llegada, se colgaban todos de las ramas que se habían puesto expresamente en las jaulas; pero pronto advirtieron el calor y ocho días despues de su encarcelacion, no dormían su sueño diario colgados de las ramas, sino en el suelo sobre el heno, y tan escondidos en él, que apenas dejaban descubierto el hocico. Durante los meses de invierno buscaban siempre este lecho, bastante cómodo; en cambio en verano dormían á menudo tambien colgados de las ramas.

Por lo regular los perezosos duermen todo el día, á no ser que la poca claridad de un día lluvioso los engañe, haciéndoles suponer que se acerca la noche. Cuando las cosas siguen su curso natural, en las horas de la tarde se despiertan y si están en el heno salen de él arrastrándose con trabajo por el suelo, haciendo uso de las piernas, no como instrumentos de locomoción, sino como ganchos, con cuya ayuda se acercan á algun palo, trepando luego á la punta de él. Aunque sus garras y sus piernas parezcan ineptas, llenan excelentemente su objeto. Es sorprendente la agilidad con que el perezoso se agarra en cualquiera posición á las ramas de los árboles y aun á los palos mas lisos. Púedese mover un palo, del cual cuelgue un perezoso, en dirección circular, horizontal ó vertical, sin que esto le moleste en nada y sin que su posición se altere un solo centímetro. Cualquiera rama que sea suficientemente fuerte para sostenerle, le da ocasión de mostrar la maravillosa agilidad de sus piernas, como tambien la de todo el cuerpo. Esta facultad parece ser la que predomina en los perezosos de tres dedos, sobre el cual me queda aun algo por decir; hace movimientos increíbles.

Una vez despierto y asegurado al palo, el perezoso empieza á arreglar su pelo. Con este objeto se cuelga por lo regular con las dos piernas de un lado y limpia con las otras dos su piel muy de prisa y bien; se rasca en las varias partes de su cuerpo y se peina el pelo con sus largas uñas falciformes. Cuando ha limpiado convenientemente una parte, cambia de posición, se cuelga como antes, pero con las otras dos piernas, y se rasca y peina de nuevo, hasta que este largo trabajo le parece concluido á su entera satisfacción. Entonces emprende varios ejercicios gimnásticos, trepa por las ramas, se agarra á la reja y hace allí, durante algun tiempo, varios movimientos, segun parece, exclusivamente para divertirse. Si entonces llega el guardian con la comida, lo recibe con satisfacción; si no viene, el animal busca tarde ó temprano su primitivo puesto y duerme allí una ó mas horas, cosa que hace tambien de noche, por mas que sean estas las horas de su actividad.

La torpe indiferencia de la cual hablan los viajeros, es insubsistente por lo que toca al unau. Así como el perezoso, se familiariza con su guardian, sabe distinguir las otras personas y enseñarles los dientes y amenazarlas con las garras, mien-

tras por el contrario tolera cualquier tratamiento y se deja tocar del guardian, sin oponer resistencia alguna. Mas salvaje aun se muestra con los demás seres el perezoso de dos dedos. Teniendo intención de unir en una misma jaula un unau y un ai, tuve que renunciar á ello por la resistencia opuesta por aquel, que fué su primer huésped, y desistir de mi intento.

Desmintiendo toda la pereza que se le atribuye, el unau se echó al instante sobre su congénere; le dió primero algunos golpes certeros con su ágil pata, y lo agarró luego tan rabiamente con los dientes, que el guardian tuvo que separar inmediatamente á los dos animales y llevar al inocente ai á un lugar seguro, no sin recibir algunos golpes de las uñas del enfadado unau.

La conducta del ai es esencialmente distinta de la del unau que acabamos de describir. Ya se nota una diferencia de posición cuando duerme. El ai, este curioso animal, queda tranquilamente colgado de su palo, como una balija suspendida de un clavo por la cuerda. De la cabeza no se apercebe nada, pues la dobla sobre el pecho y la esconde entre las cuatro patas; solo el trozo de cola interrumpe la redondez de aquella bola.

Despues el ai se despierta, alarga mucho su delgado cuello con la cabeza pequeña, y demuestra muy pronto que por algo tiene en el cuello nueve vértebras. Con la misma agilidad que nosotros torcemos la mano, él tuerce la cabeza, hasta el punto de que la parte posterior se halla en la línea del vientre, y el rostro en la de la espalda. Ningun otro mamífero es capaz de ejecutar un movimiento igual con la cabeza; la vista del perezoso de tres dedos causa entonces el mas alto grado de sorpresa, y es preciso primero acostumbrarse á su extraña figura antes de distinguirlo y comprenderlo bien. Un perezoso de dos dedos, por flexible que sea, no efectúa nunca una torsión semejante. Con la posición de la cabeza, el ai cambia á su gusto de figura, pero la lleva casi siempre en la postura que parece la natural. Colocada la cabeza de este modo, fija sus pequeños ojos en el espacio con una bonancible estupidez, y su cabeza tiembla como la de un anciano; así como la torsión del cuello la hace con muchísima agilidad, todos los demás movimientos los hace con dificultad y lentitud, comparados con los del unau. Casi todas las descripciones de los viajeros se refieren al ai, el cual corresponde realmente á muchas de las relaciones que ellos han hecho. No cabe ninguna duda que tiene menos facultades que sus congéneres. Cada uno de sus movimientos tiene lugar con una lentitud que puede llamarse mas que circumspecta; la libertad de los mismos le falta por completo, y solo en la seguridad con que se cuelga iguala á sus congéneres, si es que no les supera. Una vez colgado de una rama, parece ser un grueso nudo de la misma, ó estar íntimamente unido á ella, y no hay sacudidas capaces de determinarle á cambiar de posición.

Tambien las facultades intelectuales son inferiores á las de su congénere. Tiene mas dificultad que este para familiarizarse con una determinada persona, ú observa, mejor dicho, á todo el mundo con la misma indiferencia y deja que hagan de él lo que quieran sin defenderse. El calor del suelo le atrae tambien, pero no ejerce tanta influencia sobre él como sobre el unau, lo que depende seguramente de que tiene el pelo considerablemente mas espeso. Poco á poco se acostumbra á tomar el alimento de la mano del guardian, pero aun en esto se muestra mucho mas perezoso é indiferente que el unau. En una cosa se distingue mas de este: deja oír con frecuencia un agudo silbido, mientras el unau, por lo menos segun mis observaciones, está siempre silencioso como una tumba. De todos modos una comparación de ambos animales demuestra á lo menos que de ninguna manera las especies del grupo concuerdan entre sí.

La utilidad de los perezosos es bien poca; en algunos países los indios y los negros comen su carne, pero los europeos encuentran en ella un gusto desagradable y un olor repugnante.

La piel es muy delgada, pero fuerte y de mucha consistencia, fabricándose con ella sacos y cobertores.

Estos animales no pueden causar daño alguno, puesto que desaparecen á medida que el hombre extiende sus dominios. Tambien ellos están incluidos en la lista de los animales que caminan hácia una segura desaparición.

No pueden vivir mas que en los bosques inaccesibles y camparán hasta tanto que el hacha mortífera de los europeos, que cada día avanzan mas y mas, derribe los venerables árboles, donde aquellos hallan abrigo y sustento. Pero cada colono que se establece en estos bosques, rechaza, con su aparición y con el derribo de los árboles, á los perezosos que allí han vivido, y además la desapiadada travesura del cazador contribuye tambien á destruirlos.

No debemos admirarnos de los mas variados cuentos y fábulas que circulan sobre estos extraños animales. Las primeras noticias que tenemos son las de Gonzalo Fernandez de Oviedo que poco mas ó menos dice lo siguiente:

«El *perezoso ligero* es el animal mas perezoso que se pueda ver; es pesado y cachazudo, y necesita todo un día para dar cincuenta pasos. Los primeros cristianos que le vieron, recordando que en España se llamaba á los negros *Juan Blanco*, le dieron por burla el nombre de *perrito ligero*. Es uno de los animales mas raros, á causa de la poca semejanza que ofrece con los otros; mide dos palmos de largo, y poco mas la anchura de su cuerpo; tiene cuatro patas delgadas, cuyos dedos se hallan reunidos, como los de algunas aves, pero ni aquellas ni las uñas están conformadas para sostener un cuerpo tan pesado, y por lo mismo arrastra el vientre por el suelo. El cuello, recto y alto, tiene el grueso de una mano de mortero, y en él se apoya la cabeza, sin separarse marcadamente; su cara se asemeja á la del buho, y como está rodeada de pelos, parece mas larga que ancha. Tiene ojos redondos y pequeños; la nariz es como la de los monos, y la boca diminuta. Acostumbra á mover el cuello á derecha é izquierda, cual si estuviese estupefacto: su único placer es colgarse de los árboles, y por eso se le ve con frecuencia trepar lentamente y suspenderse, cogido con las uñas. Su voz difiere de la de los otros animales; no canta sino por la noche, y produce seis notas, una de las cuales es alta y mas bajas las demás, ó mejor dicho, recorre casi toda la escala, produciendo seis veces el sonido *hahaha*; de tal modo que pudiera decirse que á él se debe la invención de las notas. En seguida se calla un rato para volver á comenzar despues; pero esto no sucede mas que por la noche, pues el animal es nocturno. Algunas veces le cogen los cristianos y se lo llevan á sus viviendas; anda con su lentitud acostumbrada; no se puede conseguir que apresure el paso, y parece insensible á toda excitación. Si encuentra un árbol, trepa en seguida á la copa, y permanece allí diez, doce ó veinte días, sin que se sepa lo que come. Yo he tenido uno en mi casa, y por lo que he visto, debe alimentarse de aire, siendo varias personas de la misma opinión, pues nadie le ha visto comer. Vuelve la cabeza del lado por donde sopla el viento, de lo cual se deduce que le agrada el aire. No muerde, ni podría hacerlo, porque tiene la boca muy pequeña; este animal no es venenoso. No he visto jamás un sér tan estúpido é inútil.»

Se ve que las observaciones del citado naturalista son en el fondo exactas, pues mucho de lo que dice es completamente fundado, y lo fabuloso solamente lo admite como creible. Tan solo mas tarde encontramos exageraciones en las descripciones, por ejemplo en la de Stedmann.